

Diorama

León Bloonfield

Diorama s.m 1 Reproducción a pequeña escala de una escena. 2 Tela transparente pintada por las dos caras que, al ser iluminada por uno u otro lado, permite ver en un mismo sitio dos cosas distintas.

- CLAVE (1996) *Diccionario de uso del español actual*. Madrid, editorial S M, 1ª ed.

El hombre que lee el periódico ha perdido su empleo y está buscando otro en el diario. Sostiene una taza de café a la altura de sus ojos y acaba de descubrir que tiene restos de carmín. No sabe si está autorizado para reclamar al camarero porque, aunque la mancha le desagrada, encuentra la protesta algo desmesurada por provenir de alguien que no tiene trabajo. El rojo del carmín está desvaído, ya no es del color guinda de carrocería de auto recién lavado y encerado; ahora tiene color de beso rancio, color de beso enjabonado, ya sólo es medio beso olvidado en la porcelana.

En los trece años que había trabajado en la empresa no vio al director ni una sola vez, siempre dirimió sus asuntos con superiores de medio rango, en general seres adustos que, como esas plantas capaces de vivir entre dos rocas, habían prosperado en la organización gracias a su tenacidad y al conocimiento de las normas.

Ahora él estaba despedido y mientras miraba la mancha de carmín, imaginaba que el director no existía, que era sólo una ficción, una leyenda y que, del mismo modo que en otros tiempos los seres sobrenaturales provenían del reflejo de los astros en el limo y de los cuchicheos de la selva, así su jefe se había forjado con polvo de los archivos y el calor de los flexos.

El hombre que sujeta un perro con una correa roja odia profundamente a su mujer. El perro es de ella y él lo pasea a diario con la esperanza de que algún día el animal muera de cierta forma extraña que él aún no es capaz de imaginar. Ese día se presentará en casa con su cuerpo inerte como un peluche y observará el dolor de su mujer como quien mira una tormenta. Mientras llega esa fecha podría maltratar al perro de vez en cuando pero sospecha que el animal es capaz de comunicarse con su dueña y se lo contaría todo.

Con el paso de los años ha olvidado los motivos por los que odia a su mujer. A veces intenta recordar, intenta concentrarse en conocer cómo empezó todo, pero siempre ocurre algo que le da nuevos motivos para odiarla y pierde el hilo de sus recuerdos. En ocasiones ha pensado irse de casa pero ha desechado la idea porque perdería lo poco que tiene: ya ni siquiera sería un hombre que odia profundamente a su mujer y que pasea a su perro con la secreta esperanza de que un día muerda de una manera estúpida y atroz.

El joven que amina con aire contrariado se dirige a una tienda concreta, ahora resulta irrelevante determinar de qué tienda se trata, con la intención de comprarse un traje. Es una decisión que ha ido posponiendo un día tras otro y para ello no ha dudado en utilizar todo tipo de argucias, como si el hecho de adquirir un traje fuese, en sí mismo, un acto vergonzante o abyecto. Una vez dentro del comercio su voluntad va a ser anulada una vez más. Los dependientes lo van a despedazar si que él vaya a poder hacer nada por evitarlo. Igual que otras veces lo van a asediar, le van a manosear los hombros, la espalda; le van a dar palmaditas para que se enderece, luego van a dar tirones profesionales y secos aquí y allá a la americana hasta que tenga la caída que buscan, y lo van a sacudir como a un pelele dentro de los pantalones para eliminar pliegues y bolsas. Finalmente se van a colocar a su lado ante el espejo sujetando el entramado ilusorio de una esbeltez de tramoya y le dirán que el traje le cae como un guante. Al abandonar el establecimiento, azorado y presuroso, con el traje en una bolsa de papel grande con asas de cuerda y una promesa de elegancia largamente incumplida, los dependientes lo van a someter a un último escarnio: le harán pasillo hasta la puerta,

lo felicitarán por su buen gusto y, cuando esté ya en la calle y o pueda verlos, prorrumpirán en sonoras carcajadas.

La mujer que camina con una bolsa llena de comida en cada mano perdió a sus dos hijos en la guerra. Sabe que su dolor sólo se detendrá cuando sus hijos pertenezcan al pasado y la guerra a los libros de historia. Otras madres como ella se derrumbaron sobre sus lágrimas y, de uno u otro modo, también ellas desaparecieron. Ella no. Ella sólo espera una señal que le indique que sus hijos ya pertenecen al pasado y la guerra a los libros de historia; cuando eso ocurra conocerá una nueva forma de felicidad sin alegría, vivirá una existencia inalterable y lejana, todo se desarrollará como en un sueño lento y verosímil. En estos días vive angustiada por la idea de no ser capaz de reconocer la señal; le aterra vivir para siempre en la incertidumbre de si la señal se retrasa o caso ella no supo reconocerla en el momento de su manifestación y ya jamás volverá a ser avisada para que cese en su dolor. Se pregunta, mientras bambolea las dos bolsas llenas de comida que al llegar a su casa juzgará excesivas, si será un mensaje refulgente, con esa luz que debe manar de los sepulcros que son abandonados por sus moradores o se tratará de un momento de penumbra quieta, tramada como el claroscuro de un óleo antiguo.

El muchacho de trece años que mira el escaparte de la tienda de deportes ha dejado de creer en Dios hace unos treinta y cinco minutos. Esta idea, el abandono de la fe, le rondaba últimamente la cabeza y se le manifiesta en forma de apariciones súbitas. En vez de ser visitado por criaturas angelicales y luminiscentes de dudosa corporeidad como les ocurría a los niños, pastores o no, que ilustraban sus libros de vidas ejemplares, él era asaltado por la nada en sus más diversos aspectos. Ahora mira unas botas de fútbol y casi adivina la fuerza que puede esconder en los objetos inertes. Las oye sisear el trazo de media órbita y luego el impacto con la esfera que rutila de colores y anagramas. Después hace lo que él considera un último intento, en este momento ignora que luego vendrán otros, para dar cabida a Dios a su lado, pues no se siente con fuerzas para crear un nuevo orden para las cosas, pero vuelve a fracasar. Dios es bueno, se dice, pero imposible.

En el banco de madera y hierro pintado de verde y blanco, cuya extraña orientación hacia poniente ha provocado el desconcierto, cuando no la protesta, de ciudadanos de probada honradez, hay sentados dos ancianos. El anciano que mira con detenimiento el temblor de su mano mientras intenta guardar sus gafas de concha en la funda metálica algo abollada, no está seguro de si lo que él estima recuerdos de su juventud son tales recuerdos o son invenciones. Consulta su pasado como si se tratara de un fichero al que pudiera acceder a través de la memoria cabal-cada rostro tiene un nombre, cada ciudad un murmullo, cada sentimiento una tensión-, pero aunque los recuerdos no han perdido nitidez, sí han perdido credibilidad. Juzga inverosímil, por ejemplo, que haya sido capaz de matar a otro hombre y sin embargo recuerda haberlo hecho: la afrenta, los movimientos ciegos y hoscos, el cuchillo, primero trémulo y luego ensangrentado, el bulto del otro que se deshinchaba como un globo y se pega al suelo unido para siempre a su propia sombra, luego la flojera en el vientre, la carrera alocada y el calor de la orina bajándole hasta los pies... así lo recuerda y así debió ocurrir; pero

este lance tiene la misma naturaleza de los deseos insatisfechos o de las historias bien contadas de las que nos apropiamos: desmienten nuestra reputación.

El anciano que comparte el banco con el anciano que juzga sus recuerdos poco creíbles se siente muy solo a causa de su sordera. Mientras fue un hombre joven creyó que la palabra era el material más importante con el que se construía el universo audible, pero ahora, a pesar de que gracias al empeño y la paciencia que muestran hacia él quienes lo rodean entiende que todo lo que se le dice, ya no oye el ruido de la vida y por eso su existencia se ha convertido en un hecho aislado. Ya no percibe el ruido que hacen sus brazos al embutirse en las mangas de la americana, ni el roce de sus zapatillas sobre la tarima, ni el crepitar de las hojas del periódico, ni la algarabía de los niños a los que ve jugar a lo lejos, ni el murmullo de las copas de los árboles. Ahora sólo entiende verdades absolutas como “sí”, “no”, “la guerra ha terminado” o “ya es muy tarde”, pero se ha vuelto sordo para el lenguaje de las cosas. Él, que llegó a pensar que las onomatopeyas eran representaciones secundarias, caprichos de la gramática, se siente hoy un hombre imperfecto y atrofiado, un fenómeno de feria, un ser abstruso dentro de una urna.

El hombre maduro que lleva un ramo de flores en su mano derecha es bígamo. Es una persona de buena posición y, si sólo deseara mantener relaciones carnales con más de una mujer, podría disponer de una o varias amantes. Sin embargo se casó dos veces porque lo que deseaba era tener dos hogares, dos esposas, dos salones, dos jardines y dos vidas sociales. Se podría creer que este hombre, como tantos otros, después de largos años casado con una persona de tales o cuales características, había comenzado a aburrirse junto a su esposa y buscado la compañía de otra mujer más joven y de gustos y costumbres distintos, incluso opuestos a los de su primera esposa, pero es el hecho que este hombre contrajo ambos matrimonios en el plazo de unos pocos meses con mujeres de parecida edad, aspecto y gusto.

Cada una de sus dos esposas disfruta de una felicidad paralela a la de la otra pues él las trata con idéntica deferencia ya que, a sus ojos, ambas mujeres son una sola.

Ahora se dirige al encuentro de una de ellas. Piensa regalarle un ramo de flores, ese mismo ramo que lleva en su mano, y luego la invitará a cenar en un restaurante caro y así celebrarán no importa qué hito de su relación, seguramente uno de esos hechos banales que las personas socializadas en una medida abrumadora van colocando en sus vidas para guiarse con más facilidad por la senda verdadera.

La mujer suspendida en el aire está a punto de romperse. Más tarde el juez de guardia va a decir que está muerta, pero sería más correcto decir que está rota, que va a estar rota. Sus huesos quebrados van a abultarse en sus pantorrillas y en sus muslos creando la apariencia de articulaciones que no son tales, pero eso seguramente va a ocurrir más tarde, ahora sólo es una calcomanía pegada en la brisa de la mañana. Al saltar por la ventana ha cerrado los ojos como cuando, de niña, en la playa, las olas estallaban de espuma ante su rostro. Un instante después los ha abierto. Aún está en lo alto y, como desentendiéndose de la ley de la gravedad, tiene tiempo de mirar hacia la plaza y ver a un niño frente a la tienda de deportes, a dos ancianos en un banco, a un joven que cruza la calle, a un hombre que sostiene una taza de café, a un señor maduro

que porta un ramo de flores y a una mujer que camina basculando dos pesadas bolsas de plástico llenas, con casi absoluta seguridad, de comida.